

ERICH SEGAL:

cocktail de tópicos

JUAN JOSE COY

El fenómeno socio-literario del año 1970 en los Estados Unidos tiene un protagonista y un título: Erich Segal autor de una novelilla de ciento y alguna páginas que se titula **Love Story**. Esta breve narración —cuya gran virtud es precisamente la de su brevedad— lleva consumidas quinientas toneladas de papel y el número de ejemplares vendidos sobrepasa ya los cuatro millones trescientos cincuenta mil. Estos detalles cuantitativos son importantes, no tanto desde el punto de vista más estrictamente literario cuanto en su vertiente sociológica. Un libro que se difunde tan masivamente, tan arrolladoramente, es sintomático de un estado de masificación literaria que dejará de afectar probablemente la calidad de la obra misma para darnos a entender lo que, a pesar de los pesares, sigue constituyendo el gusto de la inmensa mayoría en este país.

Erich Segal nació en Brooklyn, de extracción judía, hijo de un rabino, se graduó en Harvard y ahora enseña en Yale. Es el autor de la película de los Beatles **Yellow Submarine** y su primera novela publicada es la que ahora se comenta, **Love Story**, a la cabeza de los best-sellers en los Estados Unidos durante muchos meses —y ahí sigue encaramada todavía, ya en 1971—. Para terminarlo de arreglar, la Paramount acaba de lanzar en Navidad de 1970 la versión cinematográfica de la obra y durante los tres primeros días de exhibición el número de espectadores que la han visto sobrepasa al número de espectadores que hayan visto nunca cualquier otra película, en el mismo lapso de tres días, en toda la historia del cinematógrafo norteamericano. Nuevos datos cuantitativos: la película, muy probablemente, pasará sin pena ni gloria, olvidada y transitoria, mientras permanecen Chaplin, Bergman, Fellini o cualquiera otro de los clásicos.

Love Story es un cocktail de tópicos encantadores; toda la obra es encantadora. Si hubiéramos de creer los ditirámicos comentarios de muchos periódicos aquí, estábamos ante la obra maestra más encantadora de la historia de la literatura norteamericana. **The New American Library** se encarga de reproducirlos en esta encantadora edición de la encantadora novela: de Este a Oeste y de Norte a Sur, sin olvidar al Midwest, desde Miami a Spokane, y en la diagonal inversa, los comentarios de lanzamiento comercial de **Love Story** son sorprendentes. Tanto que se decide a leerla. Y cuando la ha leído... ¿Cuáles son los ingredientes de este cocktail de tópicos?

Tópico primero o los nombres encantadores

Hay en este país, como en cualquiera otro, un mito de los nombres. Para ser elegante uno debe provenir de New England, a ser posible de Boston. Es la tradición, algo arraigada a estas alturas, que implantaron los Kennedy. El mito Kennedy, millonarios, elegantes, bien parecidos, alumnos de Harvard, nietos de inmigrantes a los que se les ha abierto este país cuajado de oportunidades... Un yate, Hyannis Port como lugar de veraneo o fin de semana. Es cierto que la tradición de cultura de New England es muy anterior a los Kennedy, y mucho más profunda. Pero ese mito bostoniano, popularizado por la ilustre y malograda familia, es un baño superficial de barniz. Nadie parece conocer en este país, mayoritariamente se entiende, el porqué de ese prestigio cultural de New England. Aun en clases universitarias, los alumnos no conocen a Henry David Thoreau; no comprenden el significado de Concord, Massachusetts; jamás han oído hablar de los Trascendentalistas,

de la **Brook Farm**, de Ralph Waldo Emerson... El montaje de propaganda gráfica que ha inundado durante muchos años las páginas de las revistas de gran circulación ha creado una imagen de Nueva Inglaterra de la que Erich Segal no es sino hijo natural.

Un protagonista de novela no puede ser alumno de cualquier establecimiento educativo. Debe haber asistido, de pequeño a una **Prep School** exclusiva y elegante; más tarde debe ingresar en Harvard, de la que por cierto, muy casualmente, su propio padre es benefactor señalado. La protagonista estudia música en Radcliffe. Le gustan Mozart, Bach y los Beatles. No, ciertamente; estas sorprendentes y enternecedoras aventuras no pueden tener un **setting vulgar**. Más tarde, cuando este encantador muchacho termina la carrera, declina naturalmente una oferta de trabajo en el Departamento de Justicia para incorporarse a una conocida empresa jurídica —porque de empresa jurídica hay que calificarla— que tiene sus elegantes y suntuosas oficinas en la elegante y suntuosa quinta avenida. La quinta avenida es, por definición, suntuosa y elegante. Este muchacho se afilia al **Harvard Club**, de New York, también lugar exclusivo y elegante. Más que realidades, Segal maneja nombres.

Tópico segundo o el perfecto protagonista

El cuarto vástago de una ilustre dinastía de banqueros: Oliver Barret IV. El padre es un hombre de una pieza: es decir, un tópico más. Rico, frío, calculador, y, para acabarlo de arreglar, que se opone al casamiento de este muchacho con una cualquiera, una estudiante pobre, hija de un italiano por si faltara algo. Pero este muchacho es voluntarioso y cabal; y se

casa con la mujer a la que quiere, tan profundamente, aunque le cueste su fortuna. Su heroica decisión le lleva al colmo de la humillación y el anonadamiento; para terminar su carrera de leyes debe solicitar una beca en la Universidad de Harvard. Llamándose como se llama, la beca llega, naturalmente. Y ya **pobre**, pero feliz, termina sus estudios.

La presentación de este personaje es un tópico como la copa de un pino. Yo creo que más, incluso. Es un cliché tan monumental que uno no entiende cómo nadie se lo puede tomar en serio. Este muchacho reacciona siempre como se supone que debe reaccionar un hijo de millonario, rebelde a la tiranía paterna, gran deportista, tan bien parecido, tan elegante en su pobreza, tan descuidado en su artificiosidad, tan bien construido físicamente, pero sin darle importancia. Que pasa por el mundo dominándolo, pero sin querer. Con un aire tan casual que encanta.

Erich Segal, que ha vivido un cierto tiempo en Yale, ha observado una clase universitaria en decadencia, llamada a desaparecer, que ya apenas se encuentra como no sea en santuarios de exclusividad y elegancia tan artificiales que no provocan más que la carcajada. Erich Segal, por lo visto, piensa que todo el monte es orégano.

Tópico tercero o la perfecta protagonista

Si encantador es el protagonista, mucho más encantadora es la protagonista, por una doble razón: primera, porque toda protagonista, por definición, es más encantadora; y segunda, porque es débil, pero muy inteligente; hija de italianos, pero de exquisita sensibilidad; de origen católico, pero ella ya no practicante. Finalmente, porque se muere. En este tipo de folletín de tomo y lomo, morir se joven es el gesto supremo de encanto. Jennifer Cavillieri posee la suprema gracia de la protagonista perfecta: morir cuando se debe morir, a los veinticinco años, llena de vida y esperanza. Su imagen queda perfectamente dibujada con este último y definitivo trazo.

También hay que tener en cuenta que Jenny es mediterránea. Esto es importante, no tanto por la extracción semítica del propio autor, cuanto por las connotaciones de ardor interior y apasionamiento que todo mediterráneo se supone que debe tener. Esta podría ser la expresión básica para sintetizar tanto las características de la protagonista como las de los demás personajes: tienen lo que se supone que deben tener; dicen lo que se supone que deben decir; piensan lo que se supone que deben pensar; actúan, en fin, como se supone que deben actuar. Finalmente, se mueren cuando se supone que deben morir.

Ali MacGraw, que ya protagonizó el **Goodbye, Columbus**, de Philip Roth, lleva a la pantalla el encanto impreso de Jennifer Cavillieri, una chica encantadora como se encuentran pocas en la literatura de los Estados Unidos.

Tópico cuarto o la situación encantadora

El muchacho, estudiante y apuesto, conoce un buen día a la muchacha, también estudiante y no menos bien parecida. Pero usa lentes; la muchacha, a veces, como es estudiante, usa lentes. En la película seguramente la muchacha no usa lentes. Cuestión de fotogenia. El muchacho, a quien le sobra dinero, queda prendado de la muchacha pobre. Una serie de ingeniosos diálogos, de frases pretendidamente agudas, de sentencias lapidarias del más rancio sentimentalismo, presiden las relaciones de estos dos personajes. Una de estas frases dice: "Amarse significa no tener nunca que dar excusas." Como señala Gene Siskel, "esta sentencia fatua se está inscribiendo ahora en anillos para regalo que cuestan tres dólares y medio". Para eso sirve la ingeniosa prosa de Erich Segal. La verdad es que para no mucho más.

Este joven encantador y esta linda muchacha, inteligente y sensible, y que además es bibliotecaria en Radcliffe, se conocen inesperadamente. El la invita a café; ella acepta, haciéndose de rogar. Y la relación queda profundamente anudada. Sólo la muerte es capaz de destruirla. Ni las privaciones, ni los propios temperamentos, ni los avatares de esta corta vida de idilio, son capaces de producir la más mínima fisura en esta entrañable relación. En cuatro páginas se inicia, y con unas cuantas más llega a su apogeo. Se aman estos personajes, tan tiernamente, tan profundamente, no porque el sentimiento surja y vaya aumentando por ley psicológica. Sino simple y llanamente por decreto: por el decreto caprichoso, artificial y enternecedor de Mr. Segal. Toda motivación en esta novela no tiene otra razón de ser: la voluntad del autor.

Love Story: Agítese antes de impreso

Estos factores ya apuntados, mezclados y agitados por Erich Segal, han producido el más fabuloso negocio editorial del año 1970 en los Estados Unidos. Ahora ya, el negocio gemelo de su producción cinematográfica: a pantalla grande, para que todos los podamos ver magnificados; a todo color, como las postales sentimentales de otras épocas. Y uno supone que con una música adecuada, muy suave y enternecedora, con algunos toques trágicos en las escenas finales, se habrá de convertir en un **hit** —como dicen— que nos recuerde las enternecedoras aventuras de Jennifer Cavillieri y Oliver Barret IV.

Afortunadamente, porque no todo han de ser desgracias en esta desdichada novela, el texto es corto. Contando las páginas en blanco o con muy escasas líneas, como a Segal le gusta imprimir su novela, menos de cien páginas seguramente han constituido el éxito publicitario del año. Esta es novela enjuta, pero superficial. La cantidad de páginas, ciertamente, poco tiene que ver con la calidad misma del relato. **La metamorfosis**, de Kafka, es una novela corta, pero de extraordinario valor humano y literario; como algunas de las de Camus, las de **El exilio y el reino**, por ejemplo. Pero esta novelilla de Segal se queda siempre a medio camino: una historia de amor tan breve y superficialmente expuesta puede satisfacer a quienes tienen prisa, no a quienes busquen verdad esencial humana. Y es que algunos de los complejos elementos que el autor maneja no pueden quedar simplemente confeccionados de la noche a la mañana por razones de voluntad del autor y no por exigencia misma del relato. En cualquier caso, como digo, esta novela es corta; y lo malo, si breve, es la mitad malo. No deja de ser una ventaja.

La controversia

La crítica sería en los Estados Unidos no se ha dejado engañar por lo ditirámico de una propaganda bien montada. Esta máquina de fabricar best-sellers todo el mundo sabe lo que significa: todo el mundo, claro está, con una dosis sólo mínima de espíritu crítico. El gran argumento que Segal esgrime para justificar él mismo la excelencia de su novela es cuantitativo: millones vendidos, la película vista en tres días por una cantidad récord de espectadores... Y tiene la deliciosa ingenuidad, el propio Segal, de compararse a Eurípides cuando algún crítico importante le ha puesto la novela en el sitio que se merece. Decía Segal no hace mucho en la televisión que lo mismo le sucedió a Eurípides. Y que los críticos que han reaccionado negativamente ante su creación son nada más que pseudo-intelectuales. En cambio, la gran masa lectora la ha acogido sin condiciones. Recurso, una vez más, a números y cantidades, no a realidades cualitativas. Como el gran trágico griego —asegura Segal, profesor de Poética en Yale— los "sabios de la literatura" no premian sus obras. Pero el público la distingue con su favor.

Este **fenómeno Segal** deja de ser problema estrictamente literario para convertirse en problema sociológico, directamente sociológico: que nos digan los entendidos en psicología de masas cómo un producto malo, pero enternecedor, puede llegar a extenderse tan masivamente. Por qué en definitiva se propagan más las obras que afectan a las glándulas de los lectores y no a su inteligencia. **Love Story**, de Erich Segal, sería un buen producto objeto de análisis.